

EL TEMA CENTRAL: PRESENTACION.

ENZO FALETTO V.

Durante el año pasado, el profesor Edgardo Lander, de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, y miembro del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO, visitó nuestro Departamento de Sociología y dio una conferencia basada en el artículo que encabeza la presente Revista de Sociología. El tema planteado por el profesor Lander se inscribe en una larga tradición del pensamiento latinoamericano y surgió casi desde los albores de nuestras repúblicas, deseosas de constituirse no solo como identidades políticas sino a la vez sociales y culturales. Se trataba en un principio de distanciarse del legado ibérico, hispano o portugués, pero tratando a la vez de integrarse a lo que se consideraba como lo más avanzado de la época; notorias fueron las influencias en algunos de nuestros países de las ideas del constitucionalismo de los Estados Unidos de Norteamérica o de pensadores de la Ilustración y de la Revolución Francesa, o muy poco más tarde, el influjo del utilitarismo inglés en personajes de la talla del venezolano-chileno don Andrés Bello. El tema de la conformación cultural de América Latina fue siempre polémico, baste mencionar acá el hasta ahora controvertido libro de Domingo Faustino Sarmiento: "Facundo: Civilización o Barbarie".

Respecto al aporte de las culturas originales y al papel que podían desempeñar sus descendientes, las contradicciones no podían ser más flagrantes: junto a la difusión del mito del indígena, por ejemplo "el altivo araucano", el territorio nacional se constituía a través de la "guerra a los indios". El problema de la identidad fue siempre problema complejo. ¿por qué no recordar el muralismo mexicano y su indigenismo? ¿no es evidente en Diego Rivera la influencia de los frescos del Renacimiento temprano?

El tema del eurocentrismo, el pensar realidades como las nuestras a partir de categorías generadas en el mundo europeo, no es sólo problema de los latinoamericanos, el artículo de Immanuel Wallerstein que fue su discurso inaugural del coloquio "El futuro de la sociología en el este de Asia", llevado a cabo en Corea el año 1966, pone de relieve cómo el tema también preocupa en otras latitudes, aunque no por azar se trata de regiones en donde la presencia colonizadora dejó una fuerte impronta. El artículo de Wallerstein tiene una particular significación, el tema del eurocentrismo, asumidos o no los rasgos con que se formula, plantea una visión crítica del propio pensamiento europeo, de sus límites, de sus errores y de sus impases

Una consideración viene al caso, el tema es de larga data y se ha planteado de distintas

maneras, no obstante, su mayor o menor relieve ha estado ligado a procesos sociales y políticos cuyo contenido más o menos explícito se vincula con un ideario de emancipación, ya sea nacional o social y muchas veces de ambos. En el ámbito de las ciencias sociales el tema apareció con fuerza en la década de los sesenta e inicios de la de los setenta, no es necesario volver a recordar aquí el significado político social de esos años. Iniciando el siglo XXI y en plena "globalización" ¿vuelve a formularse? ¿con qué carácter?

La Revista de Sociología, de nuestro Departamento, ha querido recoger la preocupación planteada por el profesor Lander, pero no la ha circunscrito al ámbito de la sociología, se ha intentado considerar otras opiniones, las de aquellos que reflexionan desde la perspectiva de la economía, de la filosofía, de la crítica y el estudio literario y del arte; sus perspectivas se constituyen desde esos ángulos y estamos seguros que enriquecen la mirada del objeto en cuestión. No es del caso presentar acá una síntesis de los artículos que se publican, ya el lector hará la suya, sólo se trata de - arbitrariamente por cierto - entresacar de ellos algunos temas que nos sugieren la necesidad de posteriores reflexiones. Así, por ejemplo, en el artículo de Edgardo Lander la importancia política y cultural que atribuye al tema, en donde el eurocentrismo constituido como la forma hegemónica del conocimiento se constituye, a su juicio, como legitimación y materialización de la jerarquización y exclusión social y por consiguiente hace necesario, como contrapartida, una "descolonización" del imaginario, habida cuenta que los grupos dominantes actuales son los "colonos y sus descendientes", una minoría blanca y urbana separada de la mayoría de la población y vinculada a la metrópolis. Lo paradójico de la actual situación es que el diálogo del pensamiento descolonizador se da como intercambio entre intelectuales latinoamericanos, asiáticos, africanos y otros que, además, muchas veces tiene lugar en Estados Unidos, por lo que es de suponer que tampoco algunos intelectuales estadounidenses sean ajenos al mismo y que lo más probable es que ese diálogo se haga en inglés y se continúe después vía internet. Pero no se piense que lo anterior es solo una fácil ironía, el mismo Lander asume que la situación aludida conduce a algo valioso: pensar desde "el borde" o desde "el margen", y viene a cuento el diálogo rescatado por Amelia Barili entre Alfonso Reyes - "mexicano hasta las cachas" decía don José Medina- y Jorge Luis Borges, que tuvo lugar en Buenos Aires en 1927. Para Alfonso Reyes la "inteligencia americana" consistía en escribir en el margen entre dos culturas, lo que permitía "al escritor latinoamericano una irreverencia y una gran libertad creativa en el manejo de lo europeo y lo nacional" (comentario de P. Lizama al libro de A. Barili: Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes: La cuestión de la identidad del escritor latinoamericano. F.C.E. México, 1999) ¿y no fue eso lo que hizo Borges con absoluta maestría?

Ya se dijo más arriba que el artículo de Wallerstein conduce a una reflexión crítica sobre el propio pensamiento europeo, y hecho por alguien que por cierto lo es, pero no son de menor interés sus críticas a muchos de los tópicos que a menudo aparecen en los que postulan un pensamiento no eurocéntrico, sin embargo subrayamos en él un tema que también ha sido de polémica constante entre sociólogos y científicos sociales latinoamericanos, la relación entre ciencias sociales y valores, en donde el San Benito de la forzada e injusta separación se tiende a atribuir rápidamente a Max Weber. Wallerstein señala el tema como de importancia en los países del pensamiento europeo, en donde pareciera haber quedado fuera de la ciencia la razón sustantiva: las aporías de la conducta ética cartesiana serían pruebas suficientes del problema, pero hay que reconocer que también en el pensamiento europeo el tema de lo verdadero y de lo bueno desde Platón en adelante no ha dejado de preocupar.

Un economista como Hugo Fazio, preocupado por los efectos de la "globalización", considera que la actual fase de la economía mundial no es colonial eurocéntrica ni puede verse

desde la cosmovisión europea, que el capital actual tiene al universo como escenario y que lo que hoy existe es un "capitalismo globocéntrico". El problema estriba en que no hay una correspondiente "visión global" de las fuerzas que se le contraponen y abogan por la transformación de lo existente, pero a pesar de ello las contradicciones en la actual forma de desarrollo capitalista son visibles y algunas de ellas ya se manifiestan como protesta social. Pero cabe pensar si la condición negativa, incluso su conciencia, basta para generar una alternativa a lo existente. La protesta puede basarse en una "razón humana", pero, ¿es posible una teoría de la revolución de los "marginados", aunque esta categoría se amplíe a las más distintas situaciones y condiciones sociales? ¿quiénes son los portadores de una nueva racionalidad; acaso los intelectuales en nombre de los marginados?. ¿si la protesta es múltiple y variada; quién la unifica, el partido?.

Rodrigo Baño, en su estilo, señala que, más allá de la impugnación al eurocentrismo, el debate rescata dos dimensiones importantes para las ciencias sociales latinoamericana; una, la consideración de América Latina como unidad de análisis, que había sido dejada de lado por la concentración en el estudio de las realidades locales o nacionales o por el influjo de las teorías de la globalización que diluyen las características latinoamericanas en los rasgos de las tendencias mundiales en curso. La segunda se refiere a la importancia que retoman categorías como la dominación y el conflicto, ausentes no tan sólo en el discurso político en boga, sino también en el propio análisis de las ciencias sociales. Por cierto que es justificable, y son válidos, los estudios sobre realidades nacionales, que evitan generalizaciones apresuradas o lo que es peor, atribuir lo que se sabe de tres o cuatro países al conjunto de América Latina. Pero a juicio de Baño, es posible -y precisamente gracias a la existencia de más y mejores estudios nacionales- señalar similitud de procesos y condiciones estructurales básicas que pueden reafirmar la tesis de una identidad común. Respecto al encantamiento con la teoría de la globalización, nos parece que puede conducir a algo ya experimentado por las ciencias sociales latinoamericanas; en los años inmediatos a la segunda postguerra mundial la teoría del desarrollo se vinculó con una determinada teoría de la modernización, incluso se llegó a postular que, cualquiera que fuera el modo político, la meta era la misma: "modernizarse". De ahí se derivaba que lo característico de América Latina era el atraso y el subdesarrollo, sin considerar que el atraso y el subdesarrollo eran la condición de inserción en una economía ya internacionalizada. Fue la llamada "teoría de la dependencia" la que puso de relieve tales hechos y sus impugnaciones pasaban por un conflicto social interno y formas específicas de relación entre dominantes y dominados. Las actuales teorías de modernización, aunque a veces aparezcan bajo el rótulo de post-modernistas, ¿no repiten los impases de las teorías en boga en las ciencias sociales de los años 50 y 60 del recién pasado siglo?. No obstante, si urge una crítica a la teoría de la globalización, ¿qué carácter puede tener ésta, surge desde una "teoría autóctona" o, sin esa pretensión, sin embargo subraya la especificidad de su situación?

En una lectura desde la filosofía, Carlos Ruiz S. apunta al tema que se acaba de insinuar. Su referencia concreta es a Enrique Dussel, autor citado y comentado en el artículo de Edgardo Lander, y la conclusión a la que llega Ruiz es que, si bien se trata de una filosofía con compromiso no se constituye como "otra filosofía". Es de particular interés el recorrido intelectual y también de experiencia política que Carlos Ruiz marca en el autor analizado y que probablemente comparte con muchos otros. En el autor de que se trata, de nacionalidad argentina, se ligan la experiencia en su propio país y más tarde la del exilio en México, la vinculación al movimiento peronista, a vertientes de pensamiento con impronta religiosa y posteriormente a corrientes marxistas, sin descontar las influencias del existencialismo como las de Merleau-Ponty. Es este sincretismo intelectual latinoamericano uno de los temas de mayor interés; la absorción de modas intelectuales, que tan pronto vienen como se van, es algo evidente entre nosotros, pero ¿qué queda de todo ello,

qué es lo que al final sedimenta?. Tuvimos el momento de la "teología de la liberación", no es extraño entonces que lo que se pretenda sea una "filosofía de la liberación" y tampoco es extraño entonces que dos de los autores citados por Lander, uno, Orlando Fals-Borda -si mal no recuerdo- sea un laico presbiteriano y el otro, Paulo Freire, un personaje estrechamente ligado en su momento a los movimientos católicos de base en Brasil. ¿Qué hay en el discurso de la teología de la liberación que aún permanece como centro de la preocupación? Al parecer son dos preocupaciones principales: una, la inquietud por fundar una ética y la otra, estrechamente ligada a la anterior, la identificación "cristiana" con los marginados y oprimidos, los "pobres, como hermanos de Cristo". Siempre fue difícil en América Latina hablar de clases y comportamientos de clases, ¿no serán los términos de marginados, dominados, oprimidos una salida fácil a la dificultad? Y como plantea Ruiz, el otro que también soy yo ¿se universaliza en la marginalidad?

Hay que reconocer que si alguien se ha planteado constantemente el tema de la identidad latinoamericana este alguien han sido los literatos y a través de casi toda su historia; incluso pueden aducir con cierto orgullo que en algunos momentos se haya hablado de "literatura latinoamericana" como algo más que una mera circunstancia geográfica. Grinor Rojo aborda el tema de identidad y literatura y lo hace señalando la equivalencia entre identidad y autenticidad, en donde una literatura sin identidad equivaldría a una literatura inauténtica. El primer problema que nos surge, desde la mirada de las ciencias sociales, es el del valor íntimo del cambio: somos esto, fuimos aquello, ¿podemos ser otra cosa?. ¿La afirmación a rajatabla de una identidad, no nos conduce a la fijeza? o por el contrario, ¿un cambio auténtico sólo es posible desde una verdadera identidad?. Citando a Angel Rama, Grinor Rojo señala los tres impulsos que han guiado la búsqueda de identidad literaria en América Latina: el de independencia, el de originalidad y el de representatividad. Los dos primeros pueden haberse prestado, más allá de las buenas intenciones, para falsos pujos, un folklorismo a ultranza o piruetas de gesto y verbo que se delatan por sí solas; pero conocido el mal puede remediarse, más complicado es lo de representativo, que se enlaza con lo que recogíamos de Carlos Ruiz: ¿representativo de qué, representativo de quién?. Grinor Rojo acude a Borges, ¿no es a él acaso a quién fácilmente se le acusa de eurocéntrico? Y al mismo tiempo ¿no es a él acaso a quién se le considera el gran escritor latinoamericano?. Pero no es Borges la persona lo que más nos interesa, sino la lectura que hace de lo representativo, que no está en lo más aparente, ni en la cita geográfica, botánica o zoológica, sino que está - por así decirlo - por debajo. ¿No deberíamos los cientistas sociales también aprender a leer por debajo? Las ciencias sociales, nos guste o no, son herederas de la Ilustración y el propósito fue sacar desde lo oscuro hacia la luz, pero para poder sacar hay que aprender a mirar en lo oscuro.

El análisis que hace Guadalupe Alvarez de las orientaciones de la crítica en las artes visuales destaca la relación entre ella y las nuevas orientaciones epistemológicas de las ciencias sociales, pero el nudo del problema que plantea se encuentra en las implicaciones políticas de las reformulaciones epistemológicas. Un paralelo podría hacerse entre las transformaciones actuales del modo de producir capitalista - y podría agregarse del modo de consumir - con el modo de "producir" de la crítica. Por cierto el tema es de interés para el conjunto de la producción de las ciencias sociales, recordemos como Max Weber descubrió una similitud de proceso entre la racionalización capitalista de la empresa y el ejercicio de la profesión del científico. Pero en referencia a nuestro tema, alguna relación hay entre lo analizado por Guadalupe Alvarez y lo que se desprende del trabajo de Rodrigo Baño, se trata de la "autonomía de...". En un determinado momento se puso de moda el reivindicar "la autonomía" de los campos específicos de la realidad y es así que se habló y aún se habla de la "autonomía de lo económico", de la "autonomía de lo social", de "lo político", de "lo cultural" y así por delante. Saludable reacción a un reduccionismo que terminaba constituyendo a un solo aspecto como lo determinante, quedando todo lo demás

comprendido en el vago término de "super-estructural". Pero la comprensión de la particularidad no puede hacer olvidar las relaciones entre los distintos aspectos y formas de la totalidad de lo real. Es la tesis de Guadalupe Alvarez que la renovada postulación de la "autonomía del arte" corre el riesgo de ser sólo un modo de no enfrentar su relación con la particular condición latinoamericana, ¿no sucede lo mismo con el conjunto de nuestras disciplinas?

Hace algunos meses salió a circular la Revista Chilena de Humanidades, correspondiente al año 2000 y publicada por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la U. de Chile. "la Facultad de al lado" se dice a veces por acá. No nos pusimos previamente de acuerdo -y no estaría mal que lo hiciéramos, porque hay que reconocer que no hablamos tanto como debiéramos- pero entre éste número de nuestra revista y la de ellos hay dos similitudes que destacar, una que quienes en ellas escriben no son sólo los del mismo corral, ni siquiera del mismo oficio, y dos, que el debate se centra preferentemente en América Latina. Pluralidad de perspectivas y convergencia en preocupaciones temáticas es un buen augurio para futuras tareas comunes y para no ser eurocéntricos. ¡Ojalá!